

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3.)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

APÁRTATE DE LO MALO Y HAZ LO BUENO.

Diverte á malo et
fac bonum.
Psalm. 33.

Hé aquí el destino de todo hombre que viene á este mundo. Apartarse de lo malo y obrar lo bueno es el lema del cristiano. Es la ley escrita con sangre divina en nuestra bandera, en aquella cruz que se levantó en el Gólgota, en la cumbre mas alta del mundo moral, para salud, vida y resurreccion de las almas y naciones hasta la consumacion de los tiempos. Es la síntesis de los divinos mandamientos, exacto resúmen de la ley cristiana, compendio luminoso de la moral evangélica.

Apenas llegamos á los primeros albores de la razon, la Iglesia católica que nos reengendró en la fuente bautismal y nos dió la vida divina con todos los dones de sobrenatural

hermosura que son su cortejo, abrió su boca, y nos dirigió estas palabras sublimes: Apartaos del mal y obrad el bien. La Iglesia es la maestra de la niñez. Ella busca á los niños, los llama, los estrecha contra su corazon conmovido y les dice: *¡Filioli mei!* Hijitos míos. Esta madre de nuestras almas nos enseñó á conocer á Dios, nos reveló los misterios de su amor, y los secretos de su Providencia. Su palabra que es la luz de Dios reberberando en todos los horizontes, iluminó con vivos fulgores el misterio de nuestra existencia y desde entonces sabemos con infalible certeza de dónde venimos, á donde vamos y cual es el camino que debemos seguir para lograr el fin último de nuestra existencia.

Y como no basta saber sino que es necesario obrar, como no basta entender la ley sino que es necesario cum-

pliria;] como la eterna felicidad ha sido prometida á los que oyen con docilidad la palabra de Dios y la cumplen con exactitud; como el apartarse del mal y abrazarse con el bien han de mirarse como el epílogo de toda la moral evangélica, como el resúmen de todos nuestros deberes; como el bien y el mal son los dos polos de nuestra vida, los dos caminos que se ofrecen á nuestra vista desde que ponemos el pié en el mundo, la Iglesia, nuestra Madre no se limita á ilustrar nuestra tierna inteligencia sinó que fortifica y estimula nuestro corazón: no se limita á enseñarnos el camino de la virtud sinó que nos da fuerzas para caminar sin desfallecimiento y arribar dichosamente, á través de todos los peligros y dificultades al término glorioso de nuestro viaje.

Toda la ciencia de la vida se encierra en el conocimiento de nuestro último fin que es Dios, y en la aplicación de los medios que son las virtudes y buenas obras. La Iglesia como Maestra infalible enseña á los hombres aquella ciencia sublime y como tierna y amorosa Madre nos ofrece los medios conducentes á la posesion de aquella inefable bienaventuranza que consiste en la vision *intuitiva* de Dios, suprema belleza, verdad absoluta, manantial infinito de todo bien.

En medio de la Iglesia, llamada por los Doctores el misterioso jardín de las almas se eleva, sombreado por la Cruz el sacramento de la Penitencia, depósito sagrado de aquella sangre y agua, sangre de perdon y agua de misericordia que manan continuamente de las llagas del Redentor. Si hemos ofendido á Dios y perdido su amistad, en la Penitencia se nos aplica la virtud infinita y purificadora de la sangre de Cristo que borra la mancha de la culpa, nos reconcilia con Dios, y nos restituye á su amistad, haciéndonos capaces de mérito sobrenatural, hijos de Dios, y herederos de su gloria. Si hemos caído en la esclavitud que es inevitable consecuencia del pecado, en el Sacramento de la Penitencia hallamos una mano tan suave como poderosa que hará pedazos el hierro de nuestras cadenas y nos devolverá la santa libertad que nos alcanzó el divino Libertador con el suplicio de los esclavos aceptado voluntariamente y sufrido con amor infinito en el madero de la Cruz.

Si nos hemos apartado del bien y nos hallamos sumergidos en los abismos del mal, el Sacramento de la penitencia es la segunda tabla después del naufragio; si nos hemos extraviado, nos pone en el camino, si estamos ciegos, nos devuelve la vista, si enfermos, nos cura, si tristes,

nos consuela, si vacilantes, nos anima, si caidos, nos levanta. Tenemos pues, la ciencia de nuestra salvacion al alcance de nuestra mano; la ciencia del fin y la ciencia de los medios; Vamos, pues, á Dios por los caminos de Dios. Los divinos mandamientos son el camino real que nos conducirá al logro de nuestro fin último. *Via regia in cælum.*

Fuera de ese camino no hay más que derumbaderos y precipicios. Dichosos los que le siguen con sencillez de espíritu y rectitud de corazón. *Beati immaculati in via.*

RESTAURACION DE LAS CRUCES.

Sr. D. Zacarías Metola.

Canónigo Lectoral y Director del

BOLETIN DOMINICAL.

Burgos 22 de Noviembre 1883.

Mi muy Señor: en el último número del *Boletín Dominical* que tan acertadamente V. dirige, he visto lanzada la idea que aplaudo con toda mi alma, sobre la conveniencia de la restauracion de los antiguos calvarios en los pueblos y de las cruces en los sitios públicos, para que los fieles, al ver este signo de nuestra redencion, elevarán á cielo sus oraciones.

Tanto empeño como la revolucion ha puesto en echar abajo todos los monumentos religiosos, para alejar

más facilmente á los pueblos del temor de Dios, tanto por lo menos, debe ser el de los católicos en restaurarlos, teniendo la firme seguridad de que nuestros enemigos no opondrán la menor dificultad, si en nosotros vén una resolucion firme; pero si los católicos, nos mostramos apáticos, é inactivos, ¿porqué extrañamos luego que los enemigos de nuestras creencias, viendo nuestro quietismo y nuestra indiferencia en el bien obrar, sean audaces y aprovechen el tiempo en destruir, poco á poco, todos los objetos que recuerden á nuestras almas ideas y creencias religiosas?

Pero no basta aplaudir esta idea, sino que debe, inmediatamente ponerse en práctica.

¿Como? La ocasion la tenemos favorable, si con motivo de las *Misiones diocesanas* que nuestro Arzobispo ha acordado que se tengan por toda la diócesis, se indicase la conveniencia de que en todos los pueblos visitados por los P. P. Dominicos, encargados de dar estas misiones, se levantara una gran cruz de madera con una inscripcion parricida á esta. «*Recuerdo de la misión de 1883.*»

Tengo la seguridad de que esto seria acogido alegremente por los pueblos, y la de que dichas cruces serian para todos de grato recuerdo y conservadoras con interés y celo.

He aquí, señor mio, la idea y el medio facilísimo de ver en poco tiempo levantadas una multitud de cruces en los pueblos del Arzobispado de Burgos.

Si además de dar publicidad á esta idea en su BOLETIN DOMINICAL, cree

V. conveniente hablar é interesar personalmente á nuestro ilustrado y activo Sr. Arzobispo, esto V. lo decidirá en su buen criterio y mayor inteligencia.

Con este motivo, se ofrece de V. afmo. S. S.

F.

—
 PARA FORMAR JÓVENES.
 —

El trabajo de nuestra época principalmente consiste en formar la juventud: de este modo, se tendrán después hombres católicos á toda prueba. A este fin, el Padre Clair, sapientísimo Jesuita francés que ha dedicado toda su vida á la educación, acaba de dar un bellissimo libro, titulado *La Jeunesse de Saint Augustin* (la juventud de San Agustín,) cuya lectura ha dejado en nosotros las más gratas impresiones que deseamos dar á conocer en EL BOLETÍN DOMINICAL.

El cielo, pátria de la inocencia, se abre igualmente al arrepentimiento. El Buen Pastor, llevando sobre sus espaldas la oveja perdida, nos dice también que hay más alegría en el cielo por un solo pecador arrepentido, que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de penitencia. Aquí bajo, en el mundo, la alegría no es menos viva. «Como la viuda de Naim se alegraba por la resurrección de su hijo, así dice San Agustín, cada día la Iglesia, esta madre, se complace por la resurrección espiritual de sus hijos.»

Y nosotros, que tenemos tanta ne-

cesidad de ánimos y de confianza, ¿cómo nos sentimos conmovidos por el relato de estas conversiones famosas triunfos de la gracia divina!! Pedro llorando su negativa, Tomás reparando su incredulidad por su fé, Pablo de perseguidor convertido en Apóstol, Magdalena lavando sus faltas con sus lágrimas; estos ilustres penitentes y otros tantos cuya historia es bien conocida, ¿no son quizá de más útil ejemplo, que los santos que no han abandonado jamás los caminos rectos?

La vida de San Agustín ofrece dos frases muy diferentes. En la una, es el hijo pródigo, extremadamente extraviado, vuelto por el exceso de su miseria á la casa paterna. En la otra, es el doctor incomparable, el defensor valiente de la fé, el pastor tiernamente consagrado á su rebaño y el legislador de la vida perfecta.

¿Que no debe la Iglesia á su genio sublime y á sus altas virtudes! Y, sin embargo, ¿no se puede decir que el Obispo há hecho menos para la salvación de las almas con sus escritos y con sus ejemplos que el penitente con la humilde confesión de sus errores?

En la historia de los treinta y tres primeros años la que cuenta el indicado libro. Toma á Agustín en la cuna; y le acompaña hasta el bautismo, que señala el instante del maravilloso renacimiento de esta alma, durante tanto tiempo por muerta para la gracia y para Dios.

¿Queremos saber cómo Agustín se ha perdido y cómo se há salvado?; pues sigámosle á través de las conmovedoras peripecias del drama in-

timo que llena su juventud.

El hombre no se pierde, ni se salva solo. En su marcha encuentra agentes de perdición y agentes de salvación.

Agustin fue arrastrado al mal por el triste curso de circunstancias frecuentemente reunidas; el ejemplo de un padre incredulo, las lecciones de maestros indiferentes á todo lo que no era del mundo; la ociosidad, madre del vicio; el contagio de las amistades sospechosas; las malas lecturas y las diversiones peligrosas.

La pureza, desde luego, naufraga; despues la fé languidece y muere. El error que, desde luego, quiere llamarse ciencia, se apodera de esta alma inquieta y curiosa. Pero muy pronto el desencanto sucede el primer entusiasmo, y el joven Maniqueo cae en el abismo de la duda, sin poder encontrar reposo. Para él todo se convierte en hastio: placeres, triunfos y elogios dejan completamente vacío este corazón que Dios solo puede llenar.

De este modo, las pasiones culpables son castigadas por tenebrosas venganzas. El corazón, más enfermo todavía que el espíritu, encuentra la servidumbre en donde buscaba la licencia, y el dolor en donde esperaba la alegría.

«Tal era la servidumbre del gran Agustin, dice Bossuet, cuando disfrutaba en el siglo de la libertad de los rebeldes.»

¿Ha terminado todo? ¿Esta voluntad no tendrá fuerzas para volverse hacia el bien? Por sí sola, de ningún modo. Será necesaria para que ella se reanime y se oriente, la interven-

ción de la gracia. ¡Y qué duros combates costará la victoria!

En esta obra de salvación Dios no quiere trabajar solo. Él se digna asociar á su acción, para hacerla más sensible y más suave, los agentes de su misericordia, encargados de reparar todo cuanto los agentes de perversión han hecho.

Veamos como ellos están bien elegidos.

Al padre incrédulo, Dios opone una madre admirablemente santa; á los maestros indiferentes, Ambrosio, el doctor elocuente, guía seguro y caritativo; á los compañeros de placeres, amigos que no aspiran más que á la vida eterna; á los malos ejemplos, á los libros impíos, á los espectáculos peligrosos, el ejemplo de los anacoretas que hacen florecer los desiertos y la lectura de las epístolas de San Pablo que le recomiendan una voz celeste: *Toma y lee.*

La conversión, de mucho tiempo preparada, es duradera y completa. El penitente, desde el día en que es de Dios, se adhiere tan fuertemente á Él que olvida todo lo demás.

Menos de un año despues de su bautismo, Agustin se encontraba sentado junto á su feliz madre que, su obra terminada, no aspiraba más que al cielo.

Era en el puerto de Ostia desde donde se disponían ambos á partir para el Africa. Apoyados en una ventana que daba á un jardín y al mar, hablaban con estremada dulzura, y la conclusión de sus piadosos coloquios era esta: «No, la más grande alegría de los sentidos en el brillo más vivo de todas las belle-

»zas terrestres, lejos de sostener el »paralelo con la felicidad del cielo, »no merece ni aun que se le re- »cuerde.

«Y vos sabéis, Señor, añade Agus- «tin, que ese día el mundo con todos «sus placeres se nos convierte en soberanamente despreciable.»

Tales son los sentimientos que con el auxilio divino, nacerán en las almas generosas con la lectura del libro anteriormente indicado.

El se dirige á todos, pero muy particularmente á los jóvenes. Si alguno se ha extraviado, verá por qué camino y á precio de qué esfuerzo se vuelve á la buena vía. Aquellos que tienen el privilegio incomparable de no conocer el mal más que de oídas, aprenderán á dar gracias á Dios, á desconfiar de sí mismos y á perseverar hasta el fin.

Y ahora que el lector de este artículo oiga, como dichas para el mismo, las palabras que San Agustín dirigía á un amigo, al ofrecerle el *Libro de sus Confesiones*.

»Recibid, mi querido hijo, este libro de mis confesiones que me »habeis pedido.... Es la caridad cristiana quien lo ofrece á un cristiano. »Aprended á conocerme. no por el »testimonio de otro, sino por el mio »propio. Examinad, ved lo que por »confesion mia, he sido; si algo os »agrada en mí, ensalzad conmigo á »Aquel cuyas alabanzas he querido »procurar. Porque es El, quien nos »ha hecho, nosotros no nos hemos »hecho á nosotros mismos; nosotros »no habíamos podido más que per- »dernos! El, que nos hizo una vez, nos ha vuelto á rescatar!!»

—

El Príncipe de Gales, protestante, fué invitado en Francia, donde se hallaba durante la Exposición universal del año 1878, para asistir á una carrera de caballos que tenía lugar en domingo, y se negó á concurrir á ella. La Comisión del Gobierno reiteró la invitación, y el Príncipe pidió por telegrama á su madre, la reina de la Gran Bretaña y emperatriz de las Indias, el permiso para asistir por aquella sola vez á la expresada diversion; y la reina Victoria se lo negó, diciendo que los Príncipes y los Soberanos deben ser los primeros en dar á sus pueblos ejemplo de respetar la religion y de temer á Dios.

—

En Alemania el año último, habiendo dispuesto la autoridad militar de un distrito pasar revista á las fuerzas de guarnición del mismo en un domingo, el príncipe Alberto revocó y dejó sin efecto dicha disposición por orden del Emperador, su padre.

—

El general Washington, en la orden del día que dió á sus tropas con fecha 3 de Agosto de 1776, se expresaba de esta manera: «En lo sucesivo y hasta nueva orden se dispensa de servicio al ejército todos los domingos, para que los soldados puedan cumplir sus deberes religiosos y descansar. Además manifiesta su indignación de que se haya hecho una costumbre de moda entre las tropas el hábito de blasfemar y de jurar, y espera que los oficiales se esforzarán, ya con su influencia y ya tam-

bien con su ejemo, para poner término á tan grave mal; por que de lo contrario deben persuadirse ellos y sus soldados que no podríamos esperar para el triunfo de nuestras armas la bendicion del cielo, si le insultamos con nuestra impiedad y con nuestro escándalo.»

LA PROMESA DEL MARINO.

Casi todas las noches del invierno de 1522, poco despues del toque de oraciones, un hombre desconocido, con traje de paño azul, puesto de hinojos en la parroquia de S. Ildelfonso de Sevilla, ante el tabernáculo de Ntra. Sra. del Coral, su Patrona, oraba durante largo rato con devoción fervorosísima y actitud humilde y ejemplar.

Los fieles sevillanos que á aquella hora concurrían al citado templo habían hecho repetidas veces alto en él, por su mirada inteligente y tranquila, su noble semblante y distinguidas maneras.

Aquel hombre desapareció, por fin, un día de su acostumbrada cita ante el altar de María; nadie volvió á verlo allí, ni por las calles y plazas de la ciudad del Guadalquivir; unos á otros se preguntaban con frecuencia por el devoto de Nuestra Señora del Coral, y nadie había podido descubrir su paradero; el desconocido, lo era verdaderamente, era un tenebroso arcano, un misterio impenetrable, que solamente Dios podía conocer, si es que ya no había vuelto á su seno de misericordia.

Al cabo de tres años, una noche, á la misma hora de siempre, el misterioso incógnito, en traje de penitencia, con la cabeza inclinada sobre el pecho y una vela encendida en la mano cubria con flores, conchas y corales el banco del tabernáculo de la Patrona de Sevilla, en la misma iglesia sobre cuyas losas había hincado tantas veces sus rodillas.

Los fieles le conocían entonces ya, porque le acababan de ver desembarcar, triunfante y risueño, pocas horas hacia, y atravesar las calles de la populosa capital, entre las aclamaciones de todos sus hijos: era el famoso navegante Sebastian de Elcano que había regresado en su nao *Victoria* de dar la vuelta alrededor del mundo, siendo el primero que lograra conseguir tan preciada conquista.

Había ofrecido á la Santísima Virgen traerla flores, conchas y corales de todos los países de la tierra si le protegía en su colosal empresa, y venia, rebosando de júbilo el corazón y el semblante, á cumplir su promesa, á la misma hora en que había ofrecido cumplirla.

Los antiguos conocidos devotos de Nuestra Señora del Coral, al reconocerle, lo abrazaron, poseídos del mas religioso entusiasmo, dándole el más cumplido parabien, y las bóvedas del augusto templo resonaron en murmullos de alabanza y de acción de gracias y las losas de su pavimento se refrescaron con las lágrimas de la gratitud y las cenizas de los muertos se conmovieron en sus lechos de muerte, contemplando la piedad de los padres, acreditada en sus hijos.

Y el inolvidable navegante, ele-

vando sus ojos preñados de lágrimas hacía el tabernáculo de la señora, y fijándose en el rostro radiante de luz y de hermosura de la divina Estrella de los mares, alzó su voz conmovida por la emoción sobre todas las de los circunstancias para pronunciar estas frases de amor, de verdad y de esperanza: *¡Con María nada es imposible! ¡Sin María todo se malogra!*

Casimiro de Erro é Irigoyen.

EL PONTIFICADO

y la Civilización Universal.

Uno de los periódicos ateos de Italia, *Il Diritto*, ha asegurado recientemente á sus lectores que «el poder temporal del Papa ha sido suprimido por *deferencia á los principios de la Civilización universal.*» aserto notable, porque va envuelto en palabras sonoras, según el caustico Mirabeau; los hombres se parecen á los conejos, en que se les agarra muy bien por las orejas, y aunque la comparación no sea excesivamente lisonjera para la humanidad, encierra un fondo innegable de exactitud que los traficantes en pasiones populares, que tanto vienen agitando al mundo desde el siglo pasado, han tenido muy presente y explotado á las mil maravillas. Los antiguos jacobinos y sus actuales imitadores de todos los países han sido y son grandes *phrasesurs*, practicando largamente el mal arte del sofista para hacer por este

medio su negocio, y aunque sería un trabajo interesante y tal vez provechoso explicar el verdadero sentido de sus anfibologías, nos limitaremos hoy al estudio de la frase *Civilización universal* que debemos al *Diritto*.

La palabra Civilización puede expresarse en su más alto y propio sentido el desarrollo de las más elevadas cualidades del hombre y de la sociedad en su camino hácia la nobleza, la sabiduría la perfección y la felicidad, ó limitarse al progreso material que distingue las naciones adelantadas de las salvajes y bárbaras. Nadie á quien no ciegue la ignorancia ó el fanatismo sostendrá que el Pontificado ni el poder temporal que es la garantía y el medio de sostener su independencia, se hayan opuesto nunca á la civilización bajo estas dos acepciones.

Pues si algo hay claramente consignado en los anales de Europa, es que el Pontificado ha sido siempre y es protector paternal de la civilización, y como dice el Cardenal Newman con su brillantez acostumbrada, «no hay escritor ninguno de los que más rudamente atacan á la Iglesia, que no deban á la Iglesia y solo á la Iglesia el saber leer y escribir.»

Hasta Mazzini atestigua que «en la historia de la cristiandad la Iglesia fué el gran instrumento de progreso;

(Se continuará)